

tlca de ambas naturalezas divina y humana en la Persona del Verbo, y meditamos al mismo tiempo la realizacion del misterio de la Encarnacion verificado en el momento en que la pudorosa Virgen dió su consentimiento pronunciando el venturoso *fiat*. A continuacion entramos en la meditacion de la visita que la Santísima Virgen hizo á su prima Santa Isabel, en cuyo vientre fué santificado el Bautista. Despues de haber considerado el espíritu de caridad que movió á la Señora para abandonar su morada y dirigirse á la casa de su parienta llenándola de bendiciones, pasamos al tercer misterio en el cual consideramos el feliz y venturoso parto de la purísima doncella, y al tiempo mismo que fijamos nuestra atencion en el amor y misericordia de Jesucristo en revestirse de nuestra propia naturaleza para padecer y morir en ella, para redimirnos y salvarnos, felicitamos á la feliz y venturosa criatura, que habiendo sido libre por un privilegio singular y á ninguna otra criatura concedido de incurrir en la culpa original, fué digna de que el Eterno Padre la escogiera por Hija, el Verbo Divino por Madre y el Espíritu Santo por Esposa. Al ocuparnos en la meditacion de estos puntos, se nos presenta el gozo que inundaria el alma de María al ver á su Hijo recién nacido al que adora con la mayor sumision y reverencia reconociéndole por verdadero Dios al tiempo mismo que verdadero hombre. Nuestra alma tambien se llena del mas puro gozo y la acompañamos en espíritu cuando tiene la gloria de observar que no obstante la pobreza de la gruta de Belen, y de reclinar el tierno Infante su divina cabeza sobre humildes pajas, los pastores y despues los reyes de la tierra se postran en su presencia ofreciéndole con sus dones el homenaje de sus adoraciones. Sigue el cuarto misterio en el cual acompañamos á la Bienaventurada Virgen-

Madre cuando llevando en sus brazos á su divino Hijo se presenta en el Templo donde es recibida por el anciano y venerable Simeon que divinamente inspirado conoce el tesoro de inapreciable valor que María conduce y él recibe en sus brazos, bendiciendo á Dios porque ha permitido que sus ojos vean al que venia á ser la salud del mundo. Por último, consideramos en el quinto y último Misterio gozoso, aquella alegría que inundó el alma de la Santísima Virgen, cuando despues de haber llorado amargamente y por espacio de tres dias la pérdida de su divino Hijo le encontró en el Templo disputando con los doctores de la ley, dejando correr de sus labios un torrente de sabiduría. ¡Oh instante feliz para la bendita y amante Madre, el ver que aquellos hombres respetados por sábios y que tan engreidos estaban de sí mismos se encuentran sin saber que contestar ante aquel jóven que radiante de hermosura y lleno de dignidad los presenta los mas robustos argumentos! En momento tan dichoso la acompañamos y en su recuerdo la ofrecemos diez Ave Marias y un Padre nuestro, como hemos hecho en las anteriores meditaciones.

Examinemos ahora los misterios *dolorosos*, que son los misterios de nuestra Redencion. Nada mas justo ni que mejor demuestre nuestra gratitud á Jesucristo por el gran beneficio que nos dispensara rescatándonos del dominio y esclavitud del soberbio príncipe que cargara sobre los hombros de sus miserables esclavos un peso insoportable, dejando aherrojadas sus almas en la mas tiránica cautividad, que recordar los muchos tormentos que le costara nuestra Redencion. Meditamos en el primer misterio, aquella hora en la que retirándose el Salvador al huerto de las Olivas, donde cayendo en manos de sus enemigos habia de dar principio á la carrera de su Pasion, esperimentó la

mas profunda tristeza á la consideracion de lo mucho que iba á padecer por el hombre y de la ingrátitud con que muchas criaturas habian de volverle las espaldas sin quererse aprovechar del fruto de su sangre, y tal efecto causó en su alma esta contemplacion, que le hizo sudar sangre y agua: en memoria de tan cruel agonía rezamos las primeras diez Ave Marías y un Padre nuestro. El cruelísimo martirio de la flagelacion es el objeto de la meditacion del segundo misterio. Un Hombre-Dios, despojado de sus vestiduras, atado á una columna y siendo en ella azotado del modo mas inhumano por pagar los delitos de la humanidad, es el espectáculo mas conmovedor y cuya contemplacion no puede menos de escitar en los pechos cristianos los mas vivos afectos de gratitud. Siguese la consideracion de la coronacion de espinas. El que es Rey de reyes y Señor de los que dominan, el Monarca de las eternidades, sufre con la mayor resignacion no solo el natural tormento que le producen las punzantes espinas de la corona, sino á mas la befa é irrision de los que viéndole en tal estado le saludan como á rey de burlas diciéndole: «Dios te salve, rey de los judíos.» Jesus cargado con la Cruz, y despues crucificado en ella, son los tiernos asuntos de los dos últimos misterios dolorosos. El que es Omnipotente y un Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de Esencia y Trinidad de Personas, el que tiene pendiente de sus dedos las llaves del infierno y de la muerte, el que dispone á su arbitrio del destino y de la suerte de todas las criaturas, y por lo tanto troca cuando es su voluntad los humildes vestidos del pastor en la régia púrpura de Israel, se presenta en el Gólgotha y pendiente de un patíbulo de afrenta, cual si fuese el mas criminal de todos los mortales. ¡Qué obsequio para la Santísima Virgen el dedicarnos á la meditacion de estos mis-

terios de la Redencion en los que tanto padeció su divino Hijo, y en virtud de los cuales tan cruelmente fué atormentado su maternal corazon! ¿Y será posible que María no acepte benigna nuestras súplicas, cuando se las dirigimos á través de tan santas meditaciones? ¿Cómo no aceptará nuestras peticiones y ruegos cuando van basados en la contemplacion de tan grandes misterios? Es indudable que la devocion del Rosario no solamente es la mas eficaz, sino tambien la mas agradable á la Santísima Virgen.

Justo es que cuando en la segunda parte del Rosario nos hemos dedicado á la contemplacion de los dolores y tormentos, que por el rescate de la humanidad sufriera voluntariamente é impulsado de su amor el divino Redentor, nos dediquemos en la última á la contemplacion de los misterios gloriosos. El primero de estos misterios es la Resurreccion de Jesucristo, verificada segun lo habia anunciado al tercer dia de su muerte. ¿Con cuánta satisfaccion no deberemos felicitar á la Santísima Virgen, que despues de haber sufrido los mas crueles dolores durante la pasion y muerte de su divino Hijo y haber experimentado la mas amarga y triste soledad, tiene el inesplicable consuelo de ver á su Jesus amado, no ya entre sus implacables enemigos, tratado con el mas cruel rigor, sino triunfante y glorioso? Así es: Maria que tantas penas y tan crueles dolores habia experimentado ve á su Hijo, no ya hecho el objeto del escarnio y de las burlas de un pueblo amotinado y rebelde, no ya coronado de punzantes espinas, ni pendiente del patíbulo de infamia, sino triunfante y victorioso. Su alma se llena del mas puro gozo y de la mas inesplicable alegría; por esto la colmamos de bendiciones y la dirigimos en memoria de este Misterio las diez primeras Ave-Marias y un Padre nuestro. La Ascension de Jesucristo á los cielos formó la

meditacion del segundo Misterio de gloria. Al tiempo mismo que nuestra imaginacion se fija en el Redentor amorosísimo de nuestras almas, y se dilata el corazon dentro de nuestros pechos viendo abrirse las puertas de los cielos para dar entrada á Jesucristo, quedando espedita la entrada en aquella mansion de tanta felicidad, no solo á los justos que en el seno de Abraham habian esperado el dia de su rescate, sino á todos los que en adelante quisiesen aprovecharse de la sangre divina vertida en el Gólgota, acompañamos tambien á María que tuvo la inesplicable dicha de presenciar la Ascension del Señor, siendo tan grande su consuelo al verle partir para su Padre, como extraordinario habia sido antes su dolor al verle en manos de sus implacables enemigos. Imposible nos es comprender todo el consuelo que inundaria el alma de la Santísima Virgen al ver á su divino Hijo arrebatado por una nube y atravesando los espacios para ocupar en el Empíreo la diestra de su Eterno Padre. Claro es que á vista de aquel sublime espectáculo se agolparian á su imaginacion los recuerdos de su nacimiento en la mísera gruta de Belen, la persecucion que por parte de Herodes experimentara en los primeros dias de su vida entre los hombres, las contradicciones que experimentara durante el tiempo de su predicacion, los insultos que recibiera en los tribunales; las espinas, los azotes, la cruz... todo se presentaria á aquella amantísima Madre, y no puede menos de llenarse de un consuelo inesplicable al ver su Hijo fuera del alcance de sus enemigos, subiendo al cielo rodeado de ángeles que forman su córte y coronado de victorias. En reverencia, pues, de este *Misterio* ofrecemos á María Santísima las segundas diez Ave-Marías y un *Padre nuestro* de la tercera parte del Santo Rosario que es la que venimos explicando.

Luego que hemos felicitado á la Santísima Virgen María por la gloriosa Ascension de su divino Hijo, entramos en la contemplacion del tercer misterio glorioso que es la Venida del Espíritu Santo sobre el colegio Apostólico para comunicar á aquellos varones, escogidos para llevar la luz del Evangelio hasta los últimos confines de la tierra, la ciencia mas sublime, el don de lenguas y de persuasion, auxilios con los cuales habian de estender por todas partes la doctrina del crucificado. En el cuarto misterio contemplamos el dichoso tránsito y apacible muerte de María, y la vemos en espíritu remontarse al cielo, para recibir el premio de sus relevantes méritos y altísimas virtudes. Felicitamos por ello á la Madre de Dios y de los hombres, y despues de ofrecerle las diez Ave-Marías y el Padre nuestro, correspondientes á este misterio, pasamos á la contemplacion del último.

Cuando la Virgen María penetró en los cielos, fué recibida por la Santísima Trinidad y coronada por Reina de los ángeles y de los hombres. Esta dignidad, este triunfo extraordinario de la Señora es el objeto de la meditacion del último misterio glorioso. Al fijar nuestra consideracion en la morada de Dios y observar al Eterno Padre que la aclama Hija, al Divino Verbo, Madre, y al Espíritu Santo, Esposa, nuestra devocion se alienta todo cuanto es posible, reconociendo cuanto podemos esperar de una Madre elevada á tanta dignidad y tanta gloria.

Por cuanto hemos manifestado se vé claramente que el Santo Rosario, meditado con devocion, nos presenta un compendio de la Vida de Jesucristo, y un recuerdo, así de los dolores como de los gozos y gloria de la Santísima Virgen, cuya proteccion solicitamos por medio de tan santa devocion, y que nos es de necesidad para no naufragar en

el borrascoso mar de las pasiones mundanales. Y véase si con razon es llamado el Santo Rosario, la reina de las devociones que tributamos á la Santísima Virgen. Empero esplicados ya los misterios del Santísimo Rosario, vamos para concluir á fijar nuestras atenciones en las dos oraciones de que se compone.

El mismo Jesucristo fué el autor del Padre nuestro, oracion que enseñó á sus Apóstoles cuando estos le pidieron que les enseñase á orar. No necesita por lo tanto los elogios de los hombres. Vamos pues á examinar sus peticiones, y á fijar nuestra atencion en sus grandes instrucciones.

Empezamos llamando á Dios *Padre nuestro*, con lo que nos confesamos por hijos suyos, y por consiguiente hermanos de Jesucristo, y herederos de la gloria que nos conquistara con el precio infinito de su preciosa sangre. Confesamos y reconocemos en seguida que *está en los cielos*, desde cuya mansion, todo lo hace, todo lo vé, todo lo gobierna en peso, número y medida. Como hijos llenos de gratitud deseamos y pedimos que sea reconocido por todas las criaturas y que sea *santificado su nombre*, sin que haya quien deje de bendecirle y postrarse en su soberana presencia. Nuestro corazón ansía por felicidad, pero sabemos que en vano la buscariamos en el mundo en que habitamos, que cuanto puede ofrecernos la tierra no es suficiente á satisfacer nuestros deseos: la verdadera dicha y positiva felicidad está en la posesion de Dios. Así nos lo enseña la fe y por esto decimos: *venga á nos el tu reino*, añadiendo que siempre y en todo tiempo *se cumpla su voluntad así en el cielo como en la tierra*: por mas que deseamos conseguir el remedio de los males del mundo que nos afligen y llenan de desconsuelos, protestamos que nuestro deseo es únicamente que se cumpla su voluntad y no la nuestra. Así imitamos en nuestro modo

de orar al mismo Jesucristo que cuando se estremecía en el huerto de Gethsemani á la consideracion de los grandes tormentos que iba á padecer por el hombre, pide á su Eterno Padre aparte de él aquel amargo Cáliz: pero añadiendo en seguida: «No se haga mi voluntad si no la tuya.»

Constituyen nuestro ser natural alma y cuerpo, y ambas partes necesitan ser alimentadas aunque de diversa manera: El pan es el alimento del cuerpo, sin el cual desfallece y deja existir, y el alma como es espiritual necesita un alimento tambien espiritual que la nutra y robustezca. A Dios, pues, dador de todo bien dirigimos nuestras fervorosas súplicas á fin de que con paternal providencia nos conceda lo necesario para nuestro alimento por estas palabras: *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy*, y conociendo que hemos obrado con la mayor ingratitud, pues que veces mil hemos provocado sus iras y sus enojos entregándonos al pecado, le pedimos que nos conceda su perdon y misericordia: *Perdónanos nuestras deudas*; y siendo necesario para recibir el perdon haber perdonado, pues es constante que con la medida que midiéremos seremos medidos, perdonamos á aquellos de quienes hemos recibido agravio, y añadimos: *así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*. En fin, siendo tan grandes los peligros del mundo, estando acometidos por enemigos que continuamente nos rodean para hacernos caer en el abismo de la culpa, haciéndonos perder la gracia del Señor: siendo tan terribles las batallas que nuestras propias pasiones sostienen contra nuestro espíritu, necesitamos el auxilio del Señor á fin de conseguir el triunfo de tantos contrarios, y por esto le rogamos que *no nos deje caer en la tentacion y que nos libre de todo mal*. Imposible es poder formar una oracion mas significativa, mas misteriosa ni que sea mas grata á los divinos ojos del Señor,

pues que en pocas palabras formamos una bella guirnalda de alabanzas, tan hermosa y de tanto valor como que es, segun antes dijimos, compuesta por el mismo Jesucristo, para que de ella nos sirviéramos cuando quisiéramos orar.

¿Y qué diremos en elogio de la salutacion angélica que repetimos cincuenta veces en cada una de las partes del Rosario? ¿Podremos numerar los misterios y grandezas que encierra? Si registramos las obras de los Padres y demas escritores sagrados, veremos que han empleado sus plumas en bendecir el nombre de María, y en referir sus grandezas, su dignidad sublime y grandes prerrogativas, pero unido cuanto de esta mística ciudad de Dios han dicho San Efren, San Cirilo de Alejandría, el grande Agustino, el devotísimo San Bernardo y los demas escritores que con razon son llamados lumbreras de la Iglesia, no encontraremos nada mas sublime que lo que se contiene en el *Ave-Maria*. Sus primeras palabras hacen temblar al infierno, y confunden á los atrevidos herejes que han combatido las prerrogativas de la Santísima Virgen. De nuestros lábios salen las mismas expresiones que profirieron los lábios del Arcángel San Gabriel, cuando presentándose en la morada de la humildísima Virgen le anunció el gran Misterio de la Encarnacion del Divino Verbo, que por virtud del Espíritu Santo iba á verificarse en sus purísimas entrañas. Al decir *Dios te salve, Maria*, unimos nuestros acentos con los del celestial Parainfo, y con él la felicitamos por haber sido hallada digna de ser elevada á la altísima é incomparable dignidad de Madre de Dios. ¡Con cuánto regocijo el cristiano repite esas palabras cuyo origen no es terrenal sino divino! Al dirigirnos de tal modo á la Santísima Virgen la decimos en tan lacónicas palabras: ¡Dios te salve, Bienaventurada Madre de nuestro Dios! ¡Dios te salve, contraposicion ad-

mirable de la Eva del Paraiso! ¡Dios te salve, purísima criatura, hermosa mas que Esther, prudentísima mas que Abigail, valerosa mas que Judith y mas esforzada que Débora. ¡Dios te salve, criatura feliz, pues eres llena de gracia! Con estas palabras confesamos que María fué llena de cuantas gracias podia concederle el Omnipotente: en ella residió no solamente toda la gracia santificante, sino tambien todas las otras gracias llamadas *gratis datas*, porque el Señor quiso adornar y enriquecer de un modo digno de su grandeza á la destinada á ser su Templo y Tabernáculo. Si fué tan pródigo en dispensar su gracia y sus favores á los justos que vivieron en la exacta observancia de su ley, ¿cómo no había de derramarla con toda abundancia en aquella privilegiada criatura á la que ninguna otra escedió ni igualó en justicia? El corazon verdaderamente católico se dilata en las mas dulces expansiones al hacer tal confesion y añadir: *El Señor es contigo, bendita tú entre todas las mujeres*: porque en efecto, el Señor está con María de un modo el mas admirable; no como estuvo con Moisés y otros justos, sino de un modo mas idéntico, pues que encarnándose en sus purísimas entrañas el Verbo Divino, quedó unido á ella con la intensidad con que dos trozos de cera derretidos al fuego se identifican y convierten en una misma cosa. Si: bendita eres ¡oh purísima María! bendita por la Trinidad Beatísima, bendita por los espíritus angélicos, bendita por los justos de la tierra; bendita eres y *bendito es el fruto de tu vientre, Jesus*. El fruto del seno de María es el libertador de las naciones que por espacio de cuatro mil años esperara el mundo, el Mesías anunciado tan repetidas veces por los Profetas y por cuya venida tantos suspiros elevaran al cielo, aquellos á quienes Israel por justos reconocia.

Tal es la primera parte de esa oracion que con tanta frecuencia se halla en los lábios de todos los cristianos, y que tantas veces repetimos al rezar el Santo Rosario. Para terror del infierno y confusion de los enemigos de María, que han pretendido combatir su mas noble prerrogativa, al impetrar su proteccion confesamos su divina maternidad, diciendo: *Santa María Madre de Dios.* ¡Aclamacion tan grata á los ojos del Señor, como honrosísima para María. La confianza renace precisamente en el corazon del pecador. Es muy sencillo: nosotros llegamos á María con la confianza de hijos, pues sabemos que aceptó en el Calvario la maternidad humana de todas las criaturas. Al dirigirnos á ella creemos y confesamos que es tambien Madre de Dios, y si lo primero nos hace conocer su amor y maternales sentimientos, lo segundo nos persuade del gran poder que le ha sido concedido para interceder en nuestro favor, y hé aquí como, poniendo en sus manos nuestra suerte y la causa de nuestra salvacion, le suplicamos su amparo, diciéndole: *Ruega por nosotros pecadores*, y María que es Reina de misericordia, que identificada con los sentimientos de su divino Hijo, no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y que viva, escucha nuestros ruegos, acepta nuestras súplicas y en premio de nuestra devocion hácia ella, nos reparte benignamente las gracias que su benigno Hijo deposita en sus manos, por ser ella como la llaman los Padres, la tesorera de las divinas misericordias.

Quando los tiempos eran mas piadosos no habia familia cristiana que se entregase al reposo, sin haber primero rezado el Santo Rosario para impetrar los auxilios de la Santísima Virgen María, costumbre piadosísima que hoy hemos visto desaparecer con muy honrosísimas escepciones. Dichosos aquellos padres de familia, que persuadidos de la

obligacion en que están de dirigir á sus hijos por caminos rectos enseñándoles á vivir en el santo temor de Dios, reunidos con ellos ofrecen á María diariamente la preciosa guirnalda de alabanzas que forma la devocion del Santo Rosario. Ellos ven descender sobre sus casas y familias las bendiciones del cielo, pues que María, segun se lo pedimos, ruega por nosotros *ahora* que vivimos rodeados de tantos peligros, y combatidos por las pasiones, *y en la hora de nuestra muerte*, á fin de que á pesar de los esfuerzos del enemigo de las almas consigamos la salvacion.